

CAPÍTULO VII.

ESTERILIDAD DE LA FILOSOFÍA DEL *yo* PARA PRODUCIR LA CIENCIA TRASCENDENTAL.

70. El testimonio de la conciencia es seguro, irresistible, pero nada tiene que ver con el de la evidencia. Aquel tiene por objeto un hecho particular y contingente, este una verdad necesaria. Que yo pienso ahora es absolutamente cierto para mí; pero este pensar mío no es una verdad necesaria sino muy contingente, ya que podía muy bien suceder que jamás hubiese pensado ni existido; es un hecho puramente individual, pues no sale de mí, y su existencia ó no existencia en nada afecta las verdades universales.

La conciencia es un ánora, no un faro: basta para evitar el naufragio de la inteligencia, no para indicarle el derrotero. En los asaltos de la duda universal, ahí está la conciencia que no deja perecer; pero si le pedis que os dirija, os presenta hechos particulares, nada mas.

Estos hechos no tienen un valor científico sino cuando se objetivan, permitaseme la expresion, ó bien cuando reflexionando sobre ellos el espíritu los baña con la luz de las verdades necesarias.

Yo pienso; yo siento; yo soy libre; hē aquí hechos: pero ¿qué sacais de ellos por sí solos? nada. Para fecundarlos es necesario que los tomeis como una especie de materia de las ideas universales. El pensamiento se inmóviliza, se hiela, si no le haceis andar con el impulso de estas ideas; la sensacion os es comun con los brutos; y la libertad carece de

objeto, de vida, si no hay combinacion de motivos presentados por la razon.

71. Aquí se encuentra la causa de la oscuridad y esterilidad de la filosofía alemana, desde Fichte. Kant se fijaba en el sujeto, pero sin destruir la objetividad en el mundo interior; y por esto su filosofía, si bien contiene muchos errores, ofrece al entendimiento algunos puntos luminosos; pero Fichte fué mas allá, se colocó en el *yo*, no sirviéndose de la objetividad sino en cuanto le era necesaria para establecerse mas hondamente en un simple hecho de conciencia; así no encontró mas que regiones tenebrosas ó contradicciones.

La inteligencia de hombres de talento se ha fatigado en vano para hacer brotar un rayo de luz de un punto condenado á la oscuridad. El *yo* se manifiesta á sí mismo por sus actos; y para ser concebido de sí propio no disfruta de ningun privilegio sobre los seres distintos de él, sino el de presentar inmediatamente los hechos que pueden conducir á su conocimiento. ¿Qué sabria el alma de sí misma, si no sintiera su pensamiento, su voluntad, y el ejercicio de todas sus facultades? ¿Cómo discurrir sobre su propia naturaleza sino fundándose en lo que le suministra el testimonio de sus actos? El *yo* pues no es visto por sí propio intuitivamente; no se ofrece á sus mismos ojos sino mediatamente, esto es, por sus propios actos; es decir que en cuanto á ser conocido, se halla en un caso semejante al de los seres externos, que lo son por los efectos que nos causan.

El *yo* considerado en sí, no es un punto luminoso; es un sustentáculo para el edificio de la razon; mas no la regla para construirle. La verdadera luz se halla en la objetividad; pues en ella está propiamente el blanco del conocimiento. El *yo* no puede ni ser

conocido, ni pensado de ninguna manera, sino en cuanto se toma á sí mismo por objeto, y por consiguiente en cuanto se coloca en la línea de los demás seres, para sujetarse á la actividad intelectual que solo obra en fuerza de las verdades objetivas.

72. La inteligencia no se concibe sin objetos al menos internos; y estos objetos serán estériles, si el entendimiento no concibe en ellos relaciones y por consiguiente verdades. Estas verdades no tendrán ningun enlace, serán hechos sueltos, si no entrañan alguna necesidad; y aun las relaciones que se refieran á hechos particulares suministrados por la experiencia, no serán susceptibles de ninguna combinación, si al menos condicionalmente no incluyen algo de necesario. El brillo de la luz en el aposento en que escribo es en sí un hecho particular y contingente; y la ciencia como tal no puede ocuparse de él, sino sujetando el movimiento de la luz á leyes geométricas, es decir, á verdades necesarias.

Luego el *yo* en sí mismo, como sujeto, no es punto de partida para la ciencia, aunque sea un punto de apoyo. Lo individual no sirve para lo universal, ni lo contingente para lo necesario. La ciencia del individuo A, es cierto que no existiría si el individuo A no existiese; pero esta ciencia que necesita del *yo* individual, no es la ciencia propiamente dicha, sino el conjunto de actos individuales con que el individuo percibe la ciencia. Mas lo percibido no es esto; lo percibido es comun á todas las inteligencias; no necesita de este ó aquel individuo; el fondo de verdades que constituyen la ciencia no ha nacido de aquel conjunto de actos individuales, hechos contingentes que se pierden cual gotas imperceptibles en el océano de las inteligencias.

¿Cómo se quiere pues fundar la ciencia sobre el simple *yo* subjetivo? ¿Cómo de este *yo* se quiere hacer brotar el objeto? El hecho de la conciencia nada tiene que ver con la ciencia, sino en cuanto ofrece hechos á los cuales se pueden aplicar los principios objetivos, universales, necesarios, independientes de toda individualidad finita, que constituyen el patrimonio de la razón humana, pero que no han menester la existencia de ningun hombre.

73. Analicéense cuanto se quiera los hechos de la conciencia, jamás se encontrará en ellos uno que pueda engendrar la luz científica. Aquel acto será ó una percepción directa ó reflejo. Si es directa, su valor no es subjetivo sino objetivo; no es el acto lo que funda la ciencia, sino la verdad percibida, no el sujeto sino el objeto, no el *yo* sino el visto por el *yo*. Si el acto es reflejo, supone otro acto anterior, á saber, el objeto de la reflexión; no es pues aquel el primitivo sino este.

La combinación del acto directo con el reflejo tampoco sirve para nada científico, sino en cuanto se somete á las verdades necesarias, objetivas independientes del *yo*. ¿Qué es un acto individualmente considerado? un fenómeno interior. Y ¿qué nos enseña este fenómeno separado de las verdades objetivas? nada. El fenómeno representa algo en la ciencia, en cuanto es considerado bajo las ideas generales, de ser, de causa, de efecto, de principio ó de producto de actividad, de modificación, de sus relaciones con su sujeto que es el *substratum* de otros actos semejantes; es decir, cuando es considerado como un caso particular, comprendido en las ideas generales, como un fenómeno contingente, apreciable con el auxilio de las verdades necesarias, como un hecho experimental, al cual se aplica una teoría.

El acto reflejo no es mas que el conocimiento de un conocimiento, ó sentimiento, ó de algun fenómeno interior sea cual fuere; y así toda reflexion sobre la conciencia presupone acto anterior directo. Este acto directo no tiene por objeto el *yo*; luego el conocimiento no tiene por principio fundamental el *yo*, sino como una condicion necesaria (pues no puede haber pensamiento sin sujeto pensante), mas no como objeto conocido.

74. Estas consideraciones derriban por su mismo el sistema de Fichte y de cuantos toman el *yo* humano por punto de partida en la carrera de las ciencias. El *yo* en sí mismo, no se nos presenta; lo que conocemos de él lo sabemos por sus actos; y en esto participa de una calidad de los demás objetos, que no nos ofrecen inmediatamente su esencia sino lo que de ella emana, por la actividad con que obran sobre nosotros.

De esta manera nos elevamos por raciocinio al conocimiento de las cosas mismas, guiados por las verdades objetivas y necesarias, que son la ley de nuestro entendimiento, el tipo de las relaciones de los seres, y por tanto una regla segura para juzgar de ellos. ¿Qué sabemos de nuestro espíritu? que es simple: y esto ¿cómo lo sabemos? porque piensa, y lo compuesto, lo múltiple, no puede pensar. Hé aquí como conocemos el *yo*. La conciencia nos manifiesta su actividad pensadora; esta es la materia suministrada por el hecho; pero luego viene el principio, la verdad objetiva, iluminando el hecho, mostrando la repugnancia entre el pensamiento y la composicion, el enlace necesario entre la simplicidad y la conciencia.

Si bien se observa, este raciocinio se aplica no solo al *yo*, sino á todo ser que piense; y así es que la misma demostracion la extendemos á todos; el

yo pues que la aplica no crea esta verdad, solo la conoce, y se conoce á sí propio como un caso particular comprendido en la regla general.

75. El pretender que del *yo* subjetivo surja la verdad, es comenzar por suponer al *yo* un ser absoluto, infinito, origen de todas las verdades, y razon de todos los seres: lo que equivale á comenzar la filosofia divinizando el entendimiento del hombre. Y como á esta divinizacion no tiene mas derecho un individuo que otro, el admitirla equivale á establecer el panteísmo racional, que, como veremos en su lugar, dista poco ó nada del panteísmo absoluto.

Suponiendo que las razones individuales no son mas que fenómenos de la razon única y absoluta; y que por tanto lo que llamamos espíritus, no son verdaderas substancias, sino simples modificaciones de un espíritu único, y las conciencias particulares meras apariciones de la conciencia universal, se concibe por qué se busca en el *yo* la fuente de toda verdad, y se interroga á la conciencia propia como una especie de oráculo por el cual habla la conciencia universal. Pero la dificultad está en que la suposicion es gratuita; y que tratándose de buscar la razon de todas las verdades, se principia por establecer la mas incomprendible y repugnante de las proposiciones. ¿Quién es capaz de persuadirnos que nuestras conciencias no son mas que una modificación de una tercera? ¿Quién nos hará creer que eso que llamamos el *yo*, es comun á todos los hombres, á todos los seres inteligentes, y que no hay mas diferencia que la de modificaciones de un ser absoluto? Este ser absoluto ¿por qué no tiene conciencia de todas las conciencias que comprende? ¿Por qué ignora lo que encierra en sí, lo que le modifica? ¿Por qué se cree múltiple si es uno?

¿Dónde está el lazo de tanta multiplicidad? ¿Las conciencias particulares, tendrán su unidad, su vínculo de todo lo que les acontece, á pesar de no ser mas que modificaciones; y este vínculo, esta unidad, faltarán á la substancia que ellas modifican?

76. Como quiera, ni aun con la suposicion del panteismo, nada adelantan en sus pretensiones los amigos de la filosofía del *yo*. Con su panteismo legitiman, por decirlo así, su pretension, mas no logran lo que pretenden. Se llaman á sí mismos dioses; y así tienen razon en que en ellos está la fuente de verdad; pero como en su conciencia no hay mas que una aparicion de su divinidad, una sola fase del astro luminoso, no pueden ver en ella otra cosa que lo que se les presenta; y su divinidad se encuentra sujeta á ciertas leyes que la imposibilitan para dar la luz que la filosofía le pide.

77. Si interrogamos nuestra conciencia sobre las verdades necesarias, notaremos que lejos de pretender ó fundarlas ó crearlas, las conoce, las confiesa independientes de sí misma. Pensemos en esta proposicion: « es imposible que á un mismo tiempo una cosa sea y no sea, » y preguntemos si la verdad de esta nace de nuestro pensamiento; desde luego la conciencia misma responde que no. Antes de que mi conciencia existiera, la proposicion era verdad; si yo no existiese ahora, seria tambien verdad; cuando no pienso en ella, es tambien verdad; el *yo* no es mas que un ojo que contempla el sol, pero que no es necesario para la existencia del sol.

78. Otra consideracion hay que demuestra la esterilidad de toda filosofía que busque en el solo *yo* el origen único y universal de los conocimientos humanos. Todo conocimiento exige un objeto; el conocimiento puramente subjetivo es inconcebible; aun suponiendo identidad entre el sujeto y el objeto,

se necesita la dualidad de relacion real ó concebida; es decir que el sujeto en cuanto conocido, esté en cierta oposicion al menos concebida, con el mismo sujeto en cuanto conoce. Ahora bien; ¿cuál es el objeto en el acto primitivo que se busca? ¿Es el *no yo*? Entonces la filosofía del *yo* entra en el cauce de las demás filosofías: pues en este *no yo* están las verdades objetivas. ¿Es el *yo*? ¿Entonces preguntaremos, si es el *yo* en sí, ó en sus actos; si es el *yo* en sus actos, entonces la filosofía del *yo* se reduce á un análisis ideológico, nada tiene de característico; si es el *yo* en sí, diremos que este no es conocido intuitivamente; y que menos que nadie pueden pretender á esta intuicion los que le llaman el *absoluto*. Para ellos mas que para los otros es el *yo* un abismo tenebroso. En vano os inclináis sobre este abismo y gritáis para evocar la verdad; el sordo ruido que os llega á los oidos es el eco de vuestra voz misma, son vuestras palabras que la honda cavidad os devuelve mas ahuecadas y misteriosas.

79. Entre estos filósofos que se pierden en vanas cavilaciones, descuella el autor de la *Doctrina de la ciencia*, Fichte, de cuyo sistema ha dicho con mucha gracia Madama de Stael, que se parece algun tanto al despertar de la estatua de Pigmalion, que tocándose alternativamente á sí misma y á la piedra sobre que está sentada, dice: soy yo, no soy yo.

Fichte comienza su obra titulada *Doctrina de la ciencia*, diciendo que se propone buscar el principio mas absoluto, el principio absolutamente incondicional de todo conocimiento humano. Hé aquí un método erróneo: se comienza por suponer lo que se ignora, la unidad del principio; y ni aun se sospecha que en la basa del conocimiento humano puede haber una verdadera multiplicidad. Yo creo que la

puede haber y la hay en efecto, que las fuentes de nuestro conocimiento son varias, de órdenes diversos, y que no es posible llegar á la unidad, sino saliéndose del hombre y remontándose á Dios. Lo repito, esta es una equivocacion en que se ha incurrido con demasiada generalidad, resultando de ella el fatigar inútilmente los espíritus investigadores, y arrojarlos á sistemas extravagantes.

Pocos filósofos habrán hecho un esfuerzo mayor que Fichte para llegar á este principio absoluto. ¿Y qué consiguió? Lo diré francamente; nada: ó repite el principio de Descartes, ó se entretiene en un juego de palabras. Lástima da el verle forcejar con tal ahinco y con tan poco resultado. Ruego al lector que tenga paciencia para seguirme en el exámen de la doctrina del filósofo alemán, no con la esperanza de adquirir una luz que le guíe en los senderos de la filosofía, sino para poder juzgar con conocimiento de causa doctrinas que tanto ruido meten en el mundo.

«Si este principio, dice Fichte, es verdaderamente el mas absoluto, no podrá ser ni definido ni demostrado. Deberá expresar el acto que no se presenta ni puede presentarse entre las determinaciones empíricas de nuestra conciencia; por el contrario, sobre él descansa toda conciencia, y solo él la hace posible. (1.ª parte, § 1.)»

Sin ningún antecedente, sin ninguna razon, sin tomarse siquiera la pena de indicar en qué se funda, asegura Fichte que el primer principio deberá expresar un acto. ¿Por qué no podría ser una verdad objetiva? esto merecía cuando menos algun exámen, ya que todas las escuelas anteriores, inclusa la de Descartes, no habian colocado al primer principio entre los actos, sino entre las verdades objetivas. El mismo Descartes al consignar el hecho del pen-

samiento y de la existencia, echa mano de una verdad objetiva. «Lo que piensa existe,» ó en otros términos: «Lo que no existe, no puede pensar.»

80. La observacion que precede, señala uno de los vicios radicales de la doctrina de Fichte y otros filósofos alemanes, que dan á la filosofía subjetiva, ó del sujeto, una importancia que no merece. Ellos acusan á los demás de hacer con demasiada facilidad la transicion del sujeto al objeto, y olvidan que al propio tiempo ellos pasan del pensamiento objetivo al sujeto puro, sin ninguna razon ni titulo que los autorice. Ateniéndonos al citado pasaje de Fichte, ¿qué será un acto que no se presenta ni se puede presentar entre las determinaciones empíricas de nuestra conciencia? El principio buscado, por ser absoluto, no se exime de ser conocido, pues si no lo conocemos, mal podremos afirmar que es absoluto; y si no se presenta ni se puede presentar entre las determinaciones empíricas de nuestra conciencia, ni es, ni puede ser conocido. El hombre no conoce lo que no se presenta en su conciencia.

El principio absoluto en que toda conciencia descansa y que la hace posible, pertenece ó no á la conciencia. Si lo primero, sufre todas las dificultades que afectan á los demás actos de la conciencia; si lo segundo, no puede ser objeto de observacion, y por consiguiente nada sabemos de él.

Para llegar al acto primitivo, separando del mismo todo lo que no le pertenece realmente, confiesa Fichte que es necesario suponer valederas las reglas de toda reflexion, y partir de una proposicion cualquiera de entre las muchas que se podrian escoger entre aquellas que todo el mundo concede sin ningun reparo. «Concediéndonos esta proposicion, dice, se nos debe conceder al mismo tiempo como acto, lo que queremos poner como principio de la

ciencia del conocimiento, y el resultado de la reflexion debe ser que este acto nos sea concedido como principio junto con la proposicion. Ponemos un hecho cualquiera de la conciencia empirica, y quitamos de él una tras otra todas las determinaciones empiricas, hasta que se reduzca á toda su pureza sin contener mas que lo que el pensamiento no puede absolutamente excluir y de lo que nada puede quitar (ibid.). »

Se ve por estas palabras que el filósofo alemán se proponia elevarse á un acto de conciencia enteramente puro, sin ninguna determinacion. Esto es imposible; ó Fichte toma el acto en un sentido muy lato, entendiendo por él el *substratum* de toda la conciencia, en cuyo caso no hace mas que expresar en otros términos la idea de substancia; ó habla de un acto propiamente dicho, es decir, de un ejercicio cualquiera de esa actividad, de esa espontaneidad que sentimos dentro de nosotros; y en este concepto el acto de conciencia no puede estar libre de toda determinacion so pena de destruir su individualidad y su existencia. No se piensa sin pensar algo; no se quiere sin querer algo; no se siente sin sentir algo; no se reflexiona sobre los actos internos, sin que la reflexion se fije en algo. En todo acto de conciencia hay determinacion; un acto del todo puro, abstraído de todo, enteramente indeterminado, es imposible, absolutamente imposible; ya subjetivamente, porque el acto de conciencia aun considerado en el sujeto, exige una determinacion; ya objetivamente, porque un acto semejante es inconcebible como individual, y por tanto como existente, pues que nada determinado ofrece al espíritu.

81. El acto indeterminado de Fichte no es mas que la idea de acto en general; el filósofo alemán

creyó haber hecho un gran descubrimiento cuando en el fondo no concebía otra cosa que el principio de los actos, es decir, la idea de la substancia aplicada á ese ser activo cuya existencia nos atestigua la conciencia misma.

Si he de decir ingenuamente lo que pienso, séame permitido manifestar que en mi concepto Fichte con todo el alambicar de su análisis, no ha hecho adelantar un solo paso á la filosofía en la investigacion del primer principio. Por lo dicho hasta aqui se echa de ver que es muy fácil detenerle con solo pedirle cuenta de las suposiciones que hace desde la primera página de su libro. Sin embargo, para proceder en la impugnacion con cumplida lealtad, no quiero extractar sus ideas, sino dejarle que las explique él mismo.

« Todo el mundo concede la proposicion: A es A, así como que $A = A$, porque esto es lo que significa la cópula lógica, y esto es admitido sin reflexion alguna como completamente cierto. Si alguno pidiese la demostracion, nadie pensaria en dársela, sino que se sostendria que esta proposicion es cierta absolutamente, es decir, sin razon alguna mas desarrollada. Procediendo así incontestablemente con el asentimiento general, nos atribuimos el derecho de poner alguna cosa absolutamente. »

« Al afirmar que la proposicion precedente es cierta en sí, no se pone la existencia de A. La proposicion A es A, no equivale á esta A es, ó hay un A. (*Ser*, puesto sin predicado, tiene un significado muy distinto de *ser* con predicado, segun veremos despues.) Si se admite que A designa un espacio comprendido entre dos rectas, la proposicion permanece exacta, aun cuando en este caso la proposicion A es, sea de una falsedad evidente. Lo que se pone es, que si A es, A es así. La cuestion no

está en si A es á no ; se trata aquí no del contenido de la proposición, sino únicamente de su forma ; no de un objeto del cual se sepa algo , sino de lo que se sabe de todo objeto sea el que fuere. »

« De la certeza absoluta de la proposición precedente resulta que entre el *si* y el *asi* hay una relación necesaria : ella es la que está puesta absolutamente y sin otro fundamento ; á esta relación necesaria la llamo provisoriamente X. »

Todo este aparato de análisis no significa mas de lo que sabe un estudiante de lógica ; esto es, que en toda proposición la cópula, ó el verbo *ser*, no significa la existencia del sujeto, sino su relación con el predicado ; para decirnos una cosa tan sencilla no eran necesarias tantas palabras, ni tan afectados esfuerzos de entendimiento, mucho menos tratándose de una proposición idéntica. Pero tengamos paciencia para continuar oyendo al filósofo alemán.

« ¿Este A es ó no es? nada hay decidido todavía sobre el particular ; se presenta pues la siguiente cuestión, ¿bajo qué condición A es? »

« En cuanto á X, ella está en el *yo* y es puesta por el *yo* : porque el *yo* es quien juzga en la proposición expresada y hasta juzga con verdad, con arreglo á X como una ley ; por consiguiente X es dada al *yo* ; y siendo puesta absolutamente y sin otro fundamento, debe ser dada al *yo* por el *yo* mismo. »

82. ¿A qué se reduce toda esa algarabía? hélo aquí traducido al lenguaje comun ; en las proposiciones de identidad ó igualdad, hay una relación, el espíritu la conoce, la juzga y falla sobre lo demás con arreglo á ella. Esta relación es dada á nuestro espíritu, e n las proposiciones idénticas no necesitamos de ninguna prueba para el asenso. Todo esto es muy verdadero, muy claro, muy sencillo ; pero

cuando Fichte añade que esta relación debe ser dada al *yo* por el mismo *yo*, afirma lo que no sabe ni puede saber. ¿Quién le ha dicho que las verdades objetivas nos vienen de nosotros mismos? ¿tan ligeramente, de una sola plumada, se resuelve una de las principales cuestiones de la filosofía, cual es la del origen de la verdad? nos ha definido por ventura el *yo*? nos ha dado de él alguna idea? Sus palabras ó no significan nada ó expresan lo siguiente. Juzgo de una relación ; este juicio está en mí ; esta relación como conocida, y prescindiendo de su existencia real, está en mí ; todo lo cual se reduce á lo mismo que con mas sencillez y naturalidad dijo Descartes : « Yo pienso, luego existo. »

83. Examinando detenidamente las palabras de Fichte, se ve con toda claridad que nada mas adelantaba sobre lo dicho por el filósofo francés. « No sabemos, continúa, si A está puesto, ni cómo lo es ; pero debiendo X expresar una relación entre un poner desconocido de A y un poner absoluto del mismo A, en tanto por lo menos que la relación es puesta, A existe en el *yo*, y está puesto por el *yo*, lo mismo que X. X no es posible sino relativamente á un A ; es así que X es realmente puesto en el *yo* ; luego A debe estar puesto en el *yo*, si en él se encuentra la X. » ; Qué lenguaje mas embrollado y misterioso para decir cosas muy comunes! ; cuán grande parece Descartes al lado de Fichte! Ambos comienzan su filosofía por el hecho de conciencia que revela la existencia. El uno expresa lo que piensa con claridad, con sencillez, en un lenguaje que todo el mundo entiende y no puede menos de entender : y el otro, para hacer como que inventa, para no manifestarse discípulo de nadie, se envuelve en una nube misteriosa, rodeada de tinieblas, y desde allí con voz ahuecada pronuncia sus oráculos.

Descartes dice : « yo pienso , de esto no puedo dudar , es un hecho que me atestigua mi sentido íntimo ; nada puede pensar sin existir ; luego yo existo. » Esto es claro , es sencillo , ingenuo , esto manifiesta un verdadero filósofo , un hombre sin afectación ni pretensiones. El otro dice : « déseme una proposición cualquiera , por ejemplo A es A : » explica en seguida que en las proposiciones el verbo ser no expresa la existencia absoluta del sujeto , sino su relación con el predicado ; todo con un aparato de doctrina , que cansa por su forma y hace reír por su esterilidad ; ¿ y para qué ? para decirnos que A está en el *yo* , porque la relación del predicado con el sujeto , ó sea la X , no es posible sino en un ser , pues que A significa un ser cualquiera. Pongamos en parangón los dos silogismos. Descartes dice : « nada puede pensar sin existir , es así que yo pienso , luego existo. Fichte dice literalmente lo que sigue : « X no es posible sino relativamente á un A ; es así que X es realmente puesto en el *yo* ; luego A debe estar puesto en el *yo*. » ¿Cuál es en el fondo la diferencia ? ninguna. ¿Cuál es en la forma ? la que va del lenguaje de un hombre sencillo á un hombre vano.

Repito que en el fondo los silogismos no son diferentes. La mayor de Descartes es : « nada puede pensar sin existir. » No la prueba , y confiesa que no se puede probar. La mayor de Fichte es : « X no es posible sino relativamente á un A ; » ó en otros términos : una relación de un predicado con un sujeto , en cuanto conocida , no es posible sin un ser que conozca. « Debiendo X expresar una relación entre un *poner* desconocido de A , y un *poner* absoluto del mismo A , en tanto por lo menos que *esta relación es puesta*, » es decir , en tanto que es conocida , ¿ Y cómo prueba Fichte que un *poner* rela-

tivo supone un *poner* absoluto , es decir , un sujeto en que se *ponga* ? Lo mismo que Descartes : de ninguna manera. No hay A relativo si no le hay absoluto ; nada puede pensar sin existir ; esto es claro , es evidente , y ni Descartes ni Fichte van mas allá.

La menor de Descartes es esta : yo pienso ; la prueba de esta menor no la da el filósofo , se refiere al sentido íntimo y de allí confiesa que no puede pasar. La menor de Fichte es la siguiente : X es realmente puesta en el *yo* , lo que equivale á decir , la relación del predicado con el sujeto es realmente conocida por el *yo* ; y como la proposición podía ser escogida á arbitrio según el mismo Fichte , siendo indiferente la una ó la otra , decir la relación del predicado con el sujeto es conocida por el *yo* , es lo mismo que decir una relación cualquiera es conocida por el *yo* , lo que podía expresarse en términos mas claros : *yo* pienso.

84. Y nótese bien ; si hay aquí alguna diferencia , toda la ventaja está de parte del filósofo francés. Descartes entiende por pensamiento todo fenómeno interno de que tenemos conciencia. Para consignar este hecho , no necesita analizar proposiciones , ni confundir el entendimiento cuando cabalmente se necesita mas claridad y precisión. Para llegar al mismo hecho Fichte da largos rodeos , Descartes lo señala con el dedo , y dice : aquí está. Lo primero es propio del sofista , lo segundo del genio.

Estas formas del filósofo alemán , aunque poco á propósito para ilustrar la ciencia , no tendrían otro inconveniente que el de fatigar al autor y al lector , si se las limitase á lo que hemos visto hasta aquí : pero desgraciadamente , ese *yo* misterioso que se nos hace aparecer en el vestibulo mismo de la ciencia , y que á los ojos de la sana razón no es ni

puede ser otra cosa que lo que fué para Descartes, á saber, el espíritu humano que conoce su existencia por su propio pensamiento, va dilatándose en manos de Fichte como una sombra gigantesca, que comenzando por un punto acaba por ocultar su cabeza en el cielo y sus piés en el abismo. Ese *yo* sujeto absoluto, es luego un ser que existe simplemente porque se pone á sí mismo; es un ser que se crea á sí propio, que lo absorbe todo, que lo es todo, que se revela en la conciencia humana como en una de las infinitas fases que comparten la existencia infinita.

Basta la presente indicacion para dar á conocer las tendencias del sistema de Fichte. Tratándose de la certeza y de sus fundamentos no seria oportuno adelantar lo que pienso decir largamente en el lugar que corresponde, al exponer la idea de sustancia y refutar el panteísmo.

Este es uno de los graves errores de la filosofía de nuestra época; en todas partes, y bajo todos los aspectos, es menester combatirle; y para hacerlo con fruto conviene detenerle en sus primeros pasos. Por esto, he examinado con detencion la reflexion fundamental de Fichte en su *Doctrina de la ciencia*; despojándola de la importancia que el filósofo pretende atribuirle para establecer sobre ella una ciencia trascendental, pues que se lisonjea de poder determinar el principio absolutamente incondicional de todos los conocimientos humanos (VII).

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO VII

LA IDENTIDAD UNIVERSAL.

85. Para dar unidad á la ciencia apelan algunos á la identidad universal; pero esto no es encontrar la unidad, sino refugiarse en el caos.

Por de pronto la identidad universal, cuando no fuese absurda, es una hipótesis destituida de fundamento. Excepto la unidad de conciencia, nada encontramos en nosotros que sea uno: muchedumbre de ideas, de percepciones, de juicios, de actos de voluntad, de impresiones las mas variadas; esto es lo que sentimos en nosotros; multitud en los seres que nos rodean, ó si se quiere, en las apariencias; esto es lo que experimentamos con relacion á los objetos externos. ¿Dónde están pues la unidad y la identidad, que no se las encuentra ni en nosotros, ni fuera de nosotros?

86. Si se dice que todo cuanto se nos ofrece no son mas que fenómenos, y que no alcanzamos á la realidad, á la unidad idéntica y absoluta que se oculta debajo de ellos, se puede replicar con el siguiente dilema: ó nuestra experiencia se limita á los fenómenos, ó llega á la naturaleza misma de las cosas; si lo primero, no podemos saber lo que bajo los fenómenos se esconde, y la unidad idéntica y absoluta nos será desconocida; si lo segundo, luego la naturaleza no es una sino múltiple, pues que encontramos por todas partes la multiplicidad.

87. Es curioso observar la ligereza con que hombres escépticos en las cosas mas sencillas, se convierten